

Sobre Comparación de los Textos del Padre Murúa

por J. IMBELLONI

Los lectores de RUNA agradecerán de seguro al prof. Manuel Ballesteros-Gaibrois el regalo que hoy nos ofrece, al brindarnos una primicia del libro de Murúa según el texto del “manuscrito Wellington” que el mismo profesor madrileño logró identificar en Inglaterra y pronto ha de publicar integralmente, siguiendo el meritorio ejemplo —como hemos dicho en esta misma revista— de otro gran restaurador de crónicas, M. Jiménez de la Espada. En lo que a mi respecta, puedo decir que cuando le pedí que cotejara los pasajes del nuevo MS. con las ediciones anteriormente conocidas del libro del Padre Murúa, me guió el interés por conocer con exactitud el texto de los trozos que habían servido —entre otros muchos de los primitivos cronistas del Perú— para fundar el aparato erudito de mi libro *Pachakuti IX, el Inkario crítico*. Esa tarea de comparación acaba de ser realizada por el prof. Ballesteros en las páginas que anteceden, con la acuciosa atención que es propia de un estudioso experimentado y amante de su trabajo.

Resumiendo ahora, a mi vez, los aportes de esta operación de cotejo, me veo ante la conveniencia de recordar la unidad de pensamiento y las finalidades de mi obra citada, saliendo un tanto del puro marco de la perspectiva documental, al que se ha mantenido necesariamente adherido el prof. Ballesteros. Y aquí se pone de manifiesto —de un modo general— que el erudito profesor madrileño y mi admirado amigo tuvo por fuerza de cosas que considerar el texto del Padre Murúa en su aspecto de documento útil al historiador en la reconstrucción crítica del período cuzqueño clásico, y en la tarea de colocarlo decorosamente al lado de los Betanzos, Garcilasos, Ciezas,

etc., cumple la justa y honorable función que pertenece al descubridor o restaurador de la obra de un cronista.

Algo distinta es, naturalmente, la perspectiva que regula mi propia visión del asunto. Primero, porque el volumen *Pachakuti IX* más que a la historia objetiva se dedica a escudriñar la desteñida tela de la historia fabulosa que constituía el alimento cotidiano de los *Amautakuna* y el principal resorte de la vida espiritual del Inkario. Segundo, porque la prosa del Padre Murúa representó para mi investigación sólo uno de los repositorios de indicios y datos capaces de habilitarnos, junto con la de otros muchos cronistas, hacia la percepción de ese recóndito mundo de abstracciones y transformaciones mitográficas que podríamos llamar —cometiéndolo una deliberada impropiedad— la historiografía de los sabios y sacerdotes del Perú antiguo.

En otras palabras, no representa el padre mercedario el centro de nuestro enfoque —como lo representa necesariamente para el prof. Ballesteros— y tampoco lo es para nosotros otro cualquiera de los demás escritores de crónicas, considerado aisladamente. Existe en nuestra obra de 1946, pág. 48, un párrafo capaz de desengañar a toda persona sobre este punto. *“A nosotros, en el fondo, poco interesa que fuese una reacción personal del Padre Martín de Murúa, y no de otro Cronista, o del pueblo peruano en general, o de uno de sus grupos provinciales, porque no trazamos aquí la biografía del Padre mercedario, si bien ilustramos la compensación ficticia entre dos versiones en desacuerdo recíproco”*.

De la posición que de modo natural pertenece al prof. Ballesteros se deriva alguno de sus corolarios, tales, por ejemplo, los puntos en que en cierto modo defiende la actitud de Murúa contra una tácita inculpación de obsecuencia a la línea mitográfica propia de las creencias peruanas. En el n°10 de sus ‘reflexiones’ de la pág. 115 por ejemplo, argumenta que la doble personalidad de Pachakuti, como hijo de Manku e hijo de Wiraqocha, pudo engendrarse de lo común que era el ‘nombre familiar’ de Yupanki, lo que no quita que en el n° 2 haya llamado la atención sobre la existencia de dos versiones dinásticas, efecto a su vez, según mi demostración, de las transposiciones del Yupanki a lo largo de las listas del Inkario tradicional. La doble personalidad es afirmada por el propio Ballesteros en su n° 8, de manera eficaz y con fina perspicacia.

Otro punto en que la defensa de Murúa puede resultar algo contradictoria con respecto a las propias averiguaciones del cotejo, es el n° 16, en que el prof. Ballesteros afirma que para Murúa no existió

repugnancia entre las dos versiones, “pues en el cap. 86, al referirse al Pachakuti capitán, expresa claramente que va a tratar de los hijos de los incas que no tuvieran dignidad real”; es claro sin embargo que esa expresión representa en la totalidad del texto una forma de compromiso, que si es exteriormente irreprochable, en el plano crítico no resiste al contraste con lo narrado en el Lib. I cap. 86: que ese Pachakuti hijo de Manku Qkápaq ayudó a su padre —y no ya el heredero legítimo Sinči-Ruqqa— a conquistar la región del Cuzco, y además se hizo llamar Señor —es decir *Sapa Inka*— y le trataron “de la manera que si fuera el Inga o Rey”.

El prof. Ballesteros por otra parte honradamente reconoce que los pasajes interpolados proceden de persona que conoce a fondo las cosas del Perú, y que trata de cohonestar el relato de Murúa con las versiones difundidas entre los tradicionalistas de su época, las mismas que dieron materia, números y proporciones a la crónica de Huáman Poma. Se pregunta el profesor madrileño a qué *pro* y con qué esperanza introdujo ese informado anónimo tales variantes en el texto, y en verdad eso queda para nosotros inexplicable. La crítica total y austera de ambos manuscritos podrá un día —quizá— descifrar el arcano; por mi cuenta pienso que la más sencilla explicación sería imaginar que hubieron de la misma crónica dos textos sucesivos que revelan sucesivas influencias y progresiva plenitud de información, tal como sucede con otro famoso libro de crónicas peruanas, el de Fernando de Montesinos, cuyos dos manuscritos — el primero del Convento de la Merced en Sevilla (cuya copia se conserva en la Academia de la Historia de Madrid, colección D. J. Bautista, legajo A-155) y el segundo de la Bibliot. Nac. de Madrid (legajo J. 189) — representan dos estados sucesivos de elaboración.

El cotejo realizado por el prof. Ballesteros ha puesto en claro que a la versión del *MS. Loyola* —ya sea interpolada, ya prematura— pertenecen las frases que corresponden a la reforma del calendario realizada por Pachakuti, a la música de combate y a las flechas envenenadas (nótese que de las tres sólo nos interesa la primera). También le pertenece la calificación de ‘ordenador de la tierra’, y por fin la traducción del término por ‘desheredado de lo suyo’. Quedan por lo tanto estas facetas de mi demostración desvinculadas del apoyo textual del *MS. Wellington*, mientras continúan sosteniéndose en la autoridad que convengamos en otorgar al *MS. Loyola*. Luego queda anulada *por completo* mi sospecha del hastío que Murúa habría probado al enfrentarse a las biografías supuestamente dejadas en blanco,

porque esos vacíos no aparecen en el *MS. Wellington*: sobre este punto no hay tergiversación posible. Bien hace el prof. Ballesteros al ponerlo de relieve, aunque sea quizá conveniente modificar un tanto su explicación, pues sugiere que no presté mucha atención al pasaje de la pág. VI de Urteaga, donde habla de la pérdida de páginas de la copia manuscrita de González de la Rosa, acontecida en el taller tipográfico limeño. La realidad es, en cambio, que la prosa de los capítulos 4, 5 y 6 estuvo ausente también anteriormente, como lo prueba el hecho que falta en el *MS. Loyola*, que sirvió al P. Bayle para su edición de 1946: “Lo que no admite compostura buena ni mala —reza la *Introducción*, pág. 41— son los capítulos en blanco : así están, así estaban en lo que se tiene por original; así quedan...” El P. Bayle quiso hacer una excepción para los caps. 4, 5 y 6 —los mismos de que nosotros hablábamos— y estampó en su lugar los pasajes correspondientes sacados de la crónica de Sarmiento de Gamboa, con un criterio muy personal que no es pertinente discutir en este lugar.

Hecha esta admisión con toda franqueza, supongo que el eminente americanista madrileño amablemente me consentirá el derecho de poner en valor y realzar las nuevas bases favorables que emergen de su cotejo, afianzando con ellas mi doctrina de que es intérprete el libro de 1946.

En lo que concierne a la reforma del calendario, el testimonio de Murúa no era indispensable, puesto que a partir desde el memorial de Montesinos y llegando hasta las autoridades modernas, el personaje del soberano Pachakuti figura habitualmente como *reformer of time* (Sir A. Markham: *The Incas etc*, p, 43). En cuanto a la traducción ‘quitado de lo suyo’ que trae el *MS. Loyola*, ella fluye de la conjugación y modificaciones del verbo peruano, con la sola condición de oír y pronunciar *ppacha*, en lugar de *pacha*, en la primera parte del verbo *pachakuti*y, como lo advierte Garcilaso (L. I, c. 5), y nos resulta del todo indiferente que fuese registrada en las páginas de Murúa, o de otro cronista.

No es éste, sin embargo, el terreno de nuestro más directo interés, pues el ensayo de 1946 se desarrolla en plena atmósfera mitográfica, y sus personajes, aun los que luego figurarán en las páginas de la historia con presunción de objetividad, son de sustancia incorpórea y de naturaleza trascendente. En ninguna línea de su escrito el prof. Ballesteros excluye que Murúa —el Padre Murúa del *MS. Wellington*— refiriese las creencias generalizadas en el Perú sobre la cuaterna serie

de las catástrofes del mundo, *pachakuti* en el sentido propio y literal de esta voz del Runasimi— con la consiguiente serie de reencarnaciones de la humanidad y restablecimiento de la vida en el planeta. Mas es bien cierto que a tal aspecto de la prosa del cronista no atribuye importancia, por el simple hecho —muy justificado para un editor de crónicas— que principalmente le importa establecer su validez como fuente para averiguaciones positivas, capaces de interesar al historiador.

Permítanos ahora el admirado colega que —siguiendo el curso de nuestras ideas— subrayemos el hecho que el propio *MS. Wellington* trae el relato de un episodio para nuestro propósito importantísimo. Se trata de uno de los cuatro cataclismos cósmicos, la destrucción hídrica, que era considerada inminente por los habitantes del Cuzco, por acercarse la fecha de un fin de milenio; con hondo terror creyeron ver sus señales en una lluvia que duró un mes entero, de día y de noche: “*Dijeron que la tierra se quería volver y destruir, que ellos en su lengua llaman Pacha Cuti*”.

Obsérvese en la transcripción de este pasaje del Libro I cap. 86 que nos brinda el prof. Ballesteros, que la frase castellana *boluer la tierra* (literalmente, del sustantivo *pacha* ‘tierra’ y el verbo *kutiy* ‘darse vuelta’) está repetida dos veces en el texto con el sentido de cataclismo, y una tercera, menos directamente, cuando dice que “*por esto le llamaron Pacha Cuti, teniendo por nombre Ynga Yupanque*” con el sentido de restaurador y salvador de la humanidad, porque “*así salvaron el peligro que les amenazaba*”. Invitamos al lector que desee captar por entero tales expresiones vinculadas con lo más hondo de la vida psíquica del peruano antiguo y del *amautta*, a releer las páginas 99-130 y 159-182 del mentado libro *Pachakuti IX, el Inkario crítico*.

Un aporte realmente precioso del prof. Ballesteros es la primicia de unas cuantas láminas del *MS. Wellington*, que nos permite publicar por primera vez en las páginas de RUNA unas muestras de la iconografía incaica, por medio de dibujos hechos apenas ochenta años después de desaparecido el reino del Cuzco. El hecho que fueron trazados por mano europea nos pone en condición de compararlos con los dibujos de Huamán Poma, comparación que tiene interés no sólo desde el punto de vista del desarrollo plástico, sino del otro ciertamente más importante de la fidelidad documental de estos rarísimos y preciosos restos iconográficos.

En lo que atañe a mi reconstrucción de la perspectiva dinástica peruana y a sus vinculaciones con la doctrina de las 4 Edades, he su-

frido una explicable decepción al leer estas frases de la última carta del prof. Ballesteros: "Por desgracia no existe ninguna ilustración que represente la aparición de la figura que hizo llegar las aguas hasta Pisac y que habría vestido de colorado".

Durante siete años he estado esperando que apareciese la lámina que venía indicada concretamente en el texto de Murúa hasta ahora publicado, con el hondo interés que trasunta de estas frases: "No se tiene noticia de la figura que el texto indica, y es lástima, pues si la tuviéramos, conoceríamos de qué modo el Cronista imaginaba (o vió dibujado por los nativos) al enigmático personaje vestido de rojo que simboliza el cataclismo que amenazaba concluir con el mundo" (pág. 181 del libro *Pachakuti IX, el Inkario crítico*. Buenos Aires, 1946).

Me escribe el prof. Ballesteros: "Si el texto por Ud. consultado hacía referencia a una figura, se fijará Ud. que el *MS. Wellington* no tiene esta mención".

En efecto, he aquí yuxtapuestas las dos versiones del pasaje, advirtiendo que el del *MS. Loyola* lo transcribo de la pág. 105-6 de la edición del P.C. Bayle, 1946 (cuyo texto por otra parte no difiere esencialmente de la edición limeña):

Ms. Loyola

"y quieren decir algunos, aunque fabulosamente, que fué la causa que en su tiempo de este valeroso capitán e infante Pachacuti apareció encima de esta ciudad donde llaman Chatacaca, y por otro nombre Sapi, una persona vestida de colorado, como parece en esta pintura [la nota del editor dice: falta el dibujo en el original], con una trompeta en la mano y un bordón en la otra; y que antes que pareciese habría llovido mucho un mes arreo sin cesar de noche ni de día, y temieron que se quería volver la tierra, que ellos llaman Pachacuti..."

Ms. Wellington

"Disen los yndios que en su tiempo aviendo sucedido una continua lluvia por un mes entero, que de día y de noche no cesó, espantados los moradores del Cuzco y temerosos, dijeron que la tierra se quería volver y destruir que ellos en su lengua llaman Pacha Cuti, y en esta oración dizen pareció en lo alto del Cuzco, en el asiento llamado Hatacaca y, por otro nombre, Çapi, una persona vestida de colorado, de grandísima estatura, con una trompeta en una mano, y en la otra un bordón, que aviendo venido por el agua hasta Pisac, quatro leguas de Cuzco, este Pachacuti le salió al camino..."

Todos pueden ver mediante el cotejo de ambas versiones, que lo afirmado por el prof. Ballesteros es del todo exacto, porque en el *MS. Wellington* no se alude a la imagen, mientras el *MS. Loyola* con la frase "como parece en esta figura" dice explícitamente que esa imagen existía, y que no era un simple diseño, sino una lámina en colcres.

Este asunto viene a complicar aún más las relaciones entre una y otra fuente, y acaso indica que debe existir otro código, del cual el *MS. Loyola* sería copia. Por mi cuenta, me limito a encomendar el esclarecimiento de esta incógnita en primer término al prof. Ballesteros y luego a todos los especializados en el tratamiento crítico de las fuentes cronísticas de Indias.

No pierdo la esperanza de que un día más o menos cercano podamos contemplar esa tan fugitiva imagen del Pachakuti mítico con vestimentas de fuego, tal como el Padre Murúa o el no menos autorizado autor de la versión que conocemos por el *MS. Loyola* copiaron de esbozos trazados por manos indígenas o dedujeron de indicaciones verbales de informantes nativos.

